

Segunda carta de San Francisco a los Fieles

¹En el nombre del Señor, Padre e Hijo y Espíritu Santo. Amén.

A todos los cristianos religiosos, clérigos y laicos, hombres y mujeres; a cuantos habitan en el mundo entero, el hermano Francisco, su siervo y súbdito: mis respetos con reverencia, paz verdadera del cielo y caridad sincera en el Señor.

²Puesto que soy siervo de todos, a todos estoy obligado a servir y a suministrar las odoríferas palabras de mi Señor. ³Por eso, recapacitando que no puedo visitaros personalmente a cada uno a causa de la enfermedad y debilidad de mi cuerpo, me he propuesto comunicaros, a través de esta carta y de mensajeros, las palabras de nuestro Señor Jesucristo, que es el Verbo del Padre, y las palabras del Espíritu Santo, que *son espíritu y vida* (Jn 6,64).

1. La Palabra Encarnada

⁴ Este Verbo del Padre, tan digno, tan santo y glorioso, anunciándolo el santo ángel Gabriel, fue enviado por el mismo altísimo Padre desde el cielo al seno de la santa y gloriosa Virgen María, y en él recibió la carne verdadera de nuestra humanidad y fragilidad.

⁵ Y, siendo El sobremanera rico (2Cor 8,9), quiso, junto con la bienaventurada Virgen, su Madre, escoger en el mundo la pobreza.

⁶Y poco antes de la pasión celebró la Pascua con sus discípulos, y, tomando el pan, dio las gracias, pronunció la bendición y lo partió, diciendo: *Tomad y comed, éste es mi cuerpo* (Mt 26,26). ⁷Y tomando el cáliz dijo: *Ésta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por vosotros y por muchos para remisión de los pecados* (Mt 26,27). ⁸A continuación oró al Padre diciendo: *Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz* (Mt 26,39). ⁹Y sudó como gruesas gotas de sangre que corrían hasta la tierra (Lc 22,44). ¹⁰Puso, sin embargo, su voluntad en la voluntad del Padre, diciendo: *Padre, hágase tu voluntad* (Mt 26,42); *no se haga como yo quiero, sino como quieras tú* (Mt 26,39). ¹¹Y la voluntad del Padre fue que su bendito y glorioso Hijo, a quien nos dio para nosotros y que nació por nuestro bien, se ofreciera a sí mismo como sacrificio y hostia, por medio de su propia sangre, en el ara de la cruz; ¹²no para sí mismo, por quien todo fue hecho (cf. Jn 1,3), sino por nuestros pecados, ¹³dejándonos ejemplo, para que sigamos sus huellas (cf. 1 Pe 2,21). ¹⁴Y quiere que todos seamos salvos por él y que lo recibamos con un corazón puro y con nuestro cuerpo casto. ¹⁵Pero son pocos los que quieren recibirlo y ser salvos por El, aunque su *yugo es suave y su carga ligera* (cf. Mt 11,30).

¹⁶Los que no quieren gustar cuán *suave sea el Señor* (cf. Sal 33,9) y aman *más las tinieblas que la luz* (Jn 3,19), no queriendo cumplir los mandamientos de Dios, son malditos; ¹⁷y de ellos dice el profeta: *Malditos los que se apartan de tus mandatos* (Sal 118,21). ¹⁸En cambio, ¡oh cuán dichosos y benditos son los que aman a Dios y obran como dice el Señor en el Evangelio: *¡Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón y con toda la mente, y a tu prójimo como a ti mismo!* (Mt 22,37.39)!



2. Los que hacen penitencia

¹⁹ Amemos, pues, a Dios y adorémoslo con puro corazón y mente pura, porque esto es lo que sobre todo desea cuando dice: *Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad* (Jn 4,23). ²⁰ Porque todos *los que lo adoran, lo deben adorar en Espíritu de verdad* (cf. Jn 4,24). ²¹ Y dirijámosle alabanzas y oraciones día y noche (Sal 31,4), diciendo: *Padre nuestro, que estás en los cielos* (Mt 6,9), *porque es preciso oremos siempre y no desfallezcamos* (Lc 18,1).

²² Debemos también confesar todos nuestros pecados; y recibamos de él el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo. ²³ Quien no come su carne y no bebe su sangre (cf. Jn 6,55. 57), *no puede entrar en el reino de Dios* (Jn 3,5). ²⁴ Pero cómalo y bébalo dignamente, porque quien lo recibe *indignamente, come y bebe su propia sentencia no reconociendo el cuerpo del Señor* (I Cor 11,29), es decir, sin discernirlo. ²⁵ Hagamos, además, *frutos dignos de penitencia* (Lc 3,8). ²⁶ Y amemos a nuestros prójimos como a nosotros mismos (cf. Mt 22,39). ²⁷ Y si alguno no quiere amarlos como a sí mismo, al menos no les haga el mal, sino que hágales el bien.

²⁸ Mas los que han recibido la potestad de juzgar a otros, ejerzan el juicio con misericordia, como ellos mismos quieren obtener misericordia del Señor. ²⁹ *Pues juicio sin misericordia tendrán los que no hacen misericordia* (Sant 2,13). ³⁰ Tengamos, por lo tanto, caridad y humildad; y hagamos limosna, porque ésta lava las almas de las manchas de los pecados (cf. Tob 4,11; 12,9). ³¹ Los hombres pierden todo lo que dejan en este siglo; pero llevan consigo la recompensa de la caridad y las limosnas que hicieron, por las que recibirán del Señor premio y digna remuneración.

³² Debemos también ayunar y abstenernos de los vicios y pecados (Eclo 3,32), y de la demasía en el comer y beber, y ser católicos. ³³ Debemos también visitar con frecuencia las iglesias y tener en veneración y reverencia a los clérigos, no tanto por lo que son, en el caso de que sean pecadores, sino por razón del oficio y de la administración del santísimo cuerpo y sangre de Cristo, que sacrifican sobre el altar y reciben y administran a otros. ³⁴ Y a nadie de nosotros quepa la menor duda de que ninguno puede ser salvado sino por las santas palabras y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, que los clérigos pronuncian, proclaman y administran. ³⁵ Y solo ellos deben administrarlos, y no otros.

A los religiosos

³⁶ Y de manera especial los religiosos, que han renunciaron al siglo, están obligados a hacer más y mayores cosas, pero sin omitir éstas (cf. Lc 11,42).

³⁷ Debemos aborrecer nuestros cuerpos con sus vicios y pecados, porque dice el Señor en el Evangelio: todos los males, vicios y pecados *salen del corazón* (Mt 15,18 - 19; Mc 7,23). ³⁸ Debemos amar a nuestros *enemigos* y hacer bien a *los que nos tienen odio* (cf. Mt 5,44; Lc 6,27). ³⁹ Debemos guardar los preceptos y consejos de nuestro Señor Jesucristo. ⁴⁰ Debemos, igualmente, negarnos a nosotros mismos (cf. Mt 16,24) y poner nuestros cuerpos bajo el yugo de la servidumbre y de la santa obediencia, según lo que cada uno prometió al Señor. ⁴¹ Y nadie esté obligado por obediencia a obedecer a alguien en lo que se comete delito o pecado.



⁴²Pero aquel a quien ha sido encomendada la obediencia y que es tenido *por mayor, sea como el menor* (Lc 22,26) y siervo de los otros hermanos. (Lc 22,26) y siervo de los otros hermanos. ⁴³Y con cada uno de los hermanos practique y tenga la misericordia que quisiera que se tuviera con él, si estuviese en caso semejante (cf. Mt 7,12). ⁴⁴ Tampoco se deje llevar de la ira contra el hermano por algún delito suyo, sino con toda paciencia y humildad amonéstelo y sopórtelo benignamente.

⁴⁵No debemos ser sabios y prudentes según la carne, sino, más bien, sencillos, humildes y puros. ⁴⁶Y hagamos de nuestros cuerpos objeto de oprobio y desprecio, porque todos por nuestra culpa somos miserables y podridos, hediondos y gusanos, como dice el Señor por el profeta: *Soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y abyección de la plebe* (Sal 21,7). ⁴⁷ Nunca debemos desear estar sobre otros, sino, más bien, debemos ser siervos y estar sujetos *a toda humana criatura por Dios* (1 Pe 2,13).

Dichosos los que perseveran

⁴⁸ *Y sobre todos aquellos y aquellas que cumplan estas cosas y perseveren hasta el fin, se posará el Espíritu del Señor* (Is 11,2) *y hará en ellos habitación y morada* (cf. Jn 14,23). ⁴⁹Y serán hijos del Padre celestial (cf. Mt 5,45), cuyas obras realizan. ⁵⁰Y son esposos, hermanos y madres de nuestro Señor Jesucristo (cf. Mt 12,50). ⁵¹Somos esposos cuando, por el Espíritu Santo, el alma fiel se une a Jesucristo. ⁵² Y hermanos somos cuando cumplimos la voluntad del Padre, que está en el cielo (cf. Mt 12,50); ⁵³madres, cuando lo llevamos en nuestro corazón y en nuestro cuerpo (cf. 1 Cor 6,20), por el amor y por una conciencia pura y sincera; y lo damos a luz por las obras santas, que deben ser luz para ejemplo de todos (cf. Mt 5,16).

⁵⁴¡Oh cuán glorioso es tener en el cielo un padre santo y grande! ⁵⁵¡Oh cuán santo es tener un esposo consolador, hermoso y admirable! ⁵⁶ ¡Oh cuán santo y cuán amado es tener a un tal hermano e hijo agradable, humilde y pacífico, dulce y amable y más que todas las cosas deseable! El cual dio su vida por sus ovejas (cf. Jn 10,15) y oró al Padre por nosotros, diciendo: *Padre Santo, guarda en tu nombre a los que me diste* (Jn 17,11). ⁵⁷Padre, *todos los que me diste en el mundo tuyos eran y me los diste a mí* (Jn 17,6). ⁵⁸ *Y las palabras que me diste, a ellos se las di; y ellos las recibieron, y conocieron verdaderamente que de ti salí y creyeron que tu me enviaste* (Jn 17,11); *ruego por ellos y no por el mundo* (cf. Jn 17,9); *bendícelos y conságralos* (Jn 17,17). ⁵⁹ *También yo me consagro por ellos, para que ellos sean consagrados* (Jn 17,19) *en la unidad, como nosotros somos uno* (Jn 17,11). ⁶⁰Y quiero, Padre, que, *donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria* (Jn 17,24) *en tu reino* (Mt 20,21).

⁶¹ A quien tanto ha soportado por nosotros, tantos bienes nos ha traído y nos ha de traer en el futuro, toda criatura del cielo y de la tierra, del mar y de los abismos, rinda como a Dios alabanza, gloria, honor y bendición (cf. Ap .5,13) ⁶² porque él es nuestro poder y fortaleza, el solo bueno, el solo altísimo, el solo omnipotente, admirable, glorioso, y el solo santo laudable y bendito por los infinitos siglos. Amén.



3. Los que no hacen penitencia

⁶³Pero todos aquellos que no llevan vida en penitencia ni reciben el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo; ⁶⁴y que ponen por obra vicios y pecados; y que caminan tras la mala concupiscencia y los malos deseos, y no guardan lo que prometieron; ⁶⁵y que sirven corporalmente al mundo con los deseos carnales, con los cuidados y afanes de este siglo y las preocupaciones de esta vida, ⁶⁶engañados por el diablo, cuyos hijos son y cuyas obras hacen (cf. Jn 8,41), son unos ciegos, porque no ven la verdadera luz, nuestro Señor Jesucristo. ⁶⁷No tienen sabiduría espiritual, porque no tienen en sí al Hijo de Dios, que es la verdadera sabiduría del Padre; de ellos se dice: *Su sabiduría ha sido devorada* (Sal 106,27). ⁶⁸Ven, conocen, saben y practican el mal; y a sabiendas pierden sus almas. ⁶⁹Mirad, ciegos, engañados por nuestros enemigos, la carne, el mundo y el diablo, que al cuerpo le es dulce cometer el pecado y amargo servir a Dios, porque *todos los males*, vicios y pecados salen y *proceden del corazón de los hombres*, como dice el Señor en el Evangelio (cf. Mc 7,21.23). ⁷⁰Y nada tenéis en este siglo ni en el futuro. ⁷¹Pensáis poseer por mucho tiempo las vanidades de este siglo, pero estáis engañados, porque vendrá el día y la hora en los que no pensáis y no sabéis e ignoráis.

⁷² Se enferma el cuerpo, se acerca la muerte, vienen los parientes y amigos diciendo: - Dispón de tus bienes. ⁷³Ved que su mujer, y sus hijos, y los parientes, y amigos fingen llorar. ⁷⁴Y, al mirarlos, los ve llorando, se siente movido por un mal impulso, y pensándolo entre sí dice: Pongo en vuestras manos mi alma, y mi cuerpo, y todas mis cosas. ⁷⁵Verdaderamente es maldito este hombre, que en tales manos confía y expone su alma, y su cuerpo, y todas sus cosas; ⁷⁶de ahí que diga el Señor por el profeta: *Maldito el hombre que confía en el hombre* (Jer 17,15). ⁷⁷Y enseguida hacen venir al sacerdote, y éste le dice: -¿Quieres recibir la penitencia de todos tus pecados? - ⁷⁸Responde: -Lo quiero-. -¿Quieres satisfacer con tus bienes, en cuanto se pueda, los pecados cometidos y lo que defraudaste y engañaste a los demás?- ⁷⁹Responde: -No-. Y el sacerdote le dice: -¿Por qué no?- ⁸⁰ Porque todo lo he dejado en manos de los parientes y amigos-. ⁸¹Y comienza a perder el habla, y así muere aquel miserable.

⁸² Pero sepan todos que donde sea y como sea que muere el hombre en pecado mortal sin haber satisfecho, si, pudiendo satisfacer, no satisface, arrebató el diablo el alma de su cuerpo con tanta angustia y tribulación, que nadie puede conocer, sino el que la padece. ⁸³Y todos los talentos, y el poder, y la ciencia que creía tener (cf. Lc 8,18), *le serán arrebatos* (Mc 4,25). ⁸⁴Y lega a sus parientes y amigos su herencia, y éstos se la llevarán, se la repartirán y dirán luego: «Maldita sea su alma, porque pudo habernos dado y ganado más de lo que ganó». ⁸⁵El cuerpo se lo comen los gusanos. Y así pierde cuerpo y alma en este breve siglo, e irá al infierno, donde será atormentado sin fin.

Ruego final y bendición

⁸⁶En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. ⁸⁷Yo, el hermano Francisco, vuestro menor siervo, os ruego y suplico, en la caridad que es Dios (cf. 1 Jn 4,16) y con el deseo de besaros los pies, que os sintáis obligados a acoger, poner por obra y guardar con humildad y amor estas palabras y las demás de nuestro Señor Jesucristo. ⁸⁸Y a todos aquellos y aquellas que las acojan benignamente, las entiendan y envíen a otros para ejemplo, *si perseveran en ellas hasta el fin* (Mt 24,13), bendíganles el Padre y el Hijo y el Espíritu.

Amén.

